

Paisajes de piedra sumergidos: Puentes bajo las aguas en la provincia de Cáceres

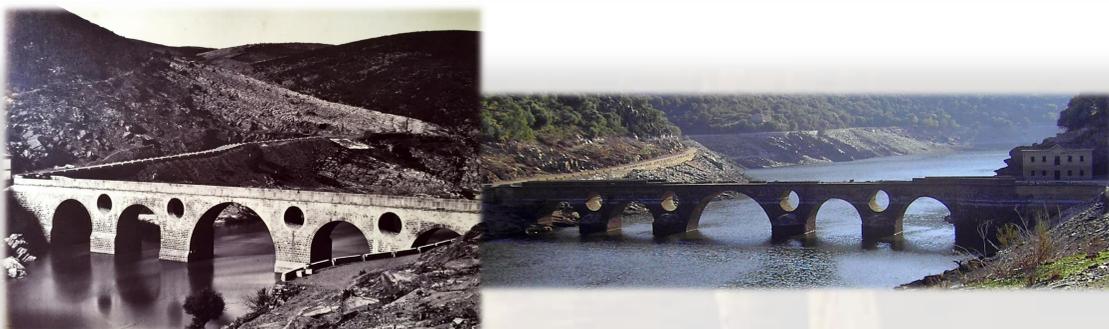
La intervención humana sobre los entornos fluviales no se puede considerar como un fenómeno perenne, sino sometida a “re-intervenciones”, y a reinterpretaciones, que convierten las primeras en parajes naturales frente a las segundas, en una llamativa cadena de eslabones en torno a la transformación del paisaje. Así, las aguas crecen porque son detenidas por presas y las estructuras sumergidas o en ruinas se convierten en parte del paisaje natural, integrados en éste como si no hubieran sido fruto de la mano humana.



La desembocadura del río Tamuja sobre el Almonte en una zona de aspereza geológica se salva a través de dos puentes de piedra sobre la Vereda Real de Castilla, uno sobre cada río, haciendo de gozne una elegante hornacina; su datación es el siglo XVI. Los puentes aparecen y desaparecen dependiendo del nivel del Embalse de Alcántara, que los anegó cuando ya sólo servían de paso para el ganado. El equilibrio simétrico entre ambos puentes, la acerada disposición pizarrosa y la hornacina que conmemoraba la voluntad evergética de quien financió la construcción los puentes, pero donde se podría sugerir también la donación por la prosperidad del viaje, aparece y desaparece en lustros en función de las etapas de sequía. Quienes conocen el paso pueden cruzarlo cuando apenas está anegado como andando por las aguas.

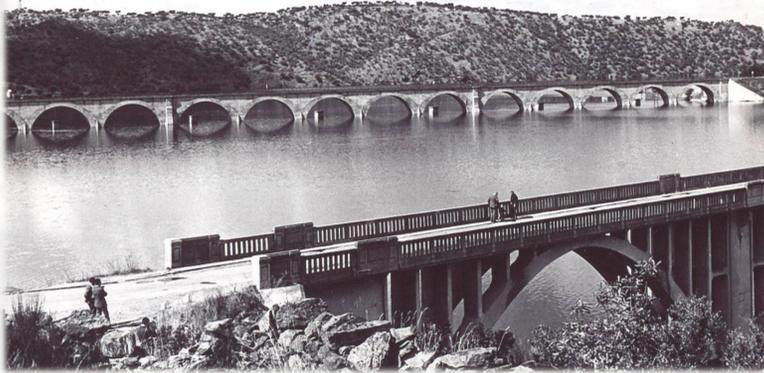


Granadilla tuvo que ser abandonada, fundamentalmente porque, aunque el pueblo no se vería anegado por la aguas del embalse de Gabriel y Galán, sus tierras sí; pero, sobre todo, porque se quedó sin puente; en otras palabras, se quedó sin acceso y sin entorno. El puente y las aguas se presentan así como enemigos ante la ciudadela: el puente salvaba el agua que alimentaba sus tierras y el agua sumergió el puente y condenó a las gentes del lugar. Terminó venciendo el agua al puente que la vencía.



El paso de barcas secular derivó en la construcción del Puente del Cardenal en el siglo XV en pleno corazón de lo que hoy es el Parque Natural de Monfragüe, un puente anegado también por el Embalse de Alcántara, y en uso hasta ese momento y que es en sí mismo historia de España, dinamitado en la Guerra de la Independencia contra los franceses, reconstruido, y adaptado ya en el siglo XIX para un tránsito más amplio. Un puente longevo, con fuerte empaque como corresponde al paso de una arteria fluvial central como es el Tajo, que emerge oscuro en la umbría de la sierra de Monfragüe y vuelve a dormir en la oscuridad de las aguas estancadas como un latir del propio Parque Natural, con sus sístoles y sus diástoles.

En el vado de Alconétar todo un complejo de puentes de carreteras y ferroviarios que van desde época romana, árabe, medieval y, sobre todo, decimonónica y de principios y mediados del siglo XX, quedó a merced de las aguas del Embalse de Alcántara, que precisaron de viaductos de hormigón a partir de los años 70, sobrevolando las nuevas construcciones los antiguos pasos que quedaban invisibles bajo las aguas y en los mil recodos y curvas de las vías de asfalto y las del tren. De cuando en cuando reaparecen, sobre todo los más “jóvenes”, testigos de una arquitectura industrial, de motores de explosión, de un parque automovilístico que ya no se conformaba por el paso a través de barcazas toda vez que los puentes históricos estaban ya inservibles.



Storytelling

Es posible evocar un entorno de románticos bandoleros que escapan por caminos escondidos y salvan cauces intransitables como andando sobre las aguas, cuando lo que conocen son los pasos secretos, tapados por el agua pero con una profundidad ya somera. También es posible evocar continentes perdidos, a la manera de la Atlántida, con ciudades sumergidas en forma de puentes, entre cuyos arcos también se puede bucear, a la manera de grutas donde esconder ocultos tesoros entre sus sillares, recovecos y aliviaderos.